

mos, (1) y al hablar de la *adoracion del Sacramento* lo reprueba diciendo: «que deben desecharse tanto los sagrarios en los cuales se guarda la Eucaristia para los enfermos, como tambien las procesiones en la festividad del Cuerpo de Cristo.»

En el libro de la *potestad del Papa* reconoce ser siete los sacramentos; pero en el libro de la *Cautividad de Babilonia* lo niega y admite *solamente tres*, despues *uno solo*, finalmente admite *dos*, á saber: el *Bautismo y el Pan*.

En la *visita Sajónica* cuenta la Penitencia en el número de los sacramentos, y lo mismo afirma en otras partes (2); pero lo niega en el libro de la *Cautividad de Babilonia* (3); y de la misma manera juzga respecto de la Externa-Uncion, de la Confirmacion y el Orden, pues á veces los tiene como sacramentos y á veces los desecha.

Y ¿qué diremos de su doctrina acerca de la justificacion? En la *visita Sajónica* vemos que reprendia á aquellos que al oír que el hombre se justificaba por la fé, *fingian que todos los pecados se les perdonaban por la fé*; mas en el libro de la *Cautividad de Babilonia* asegura que el bautizado aun cuando quiera no puede perder su salud, sino es que no quiera creer; porque ningunos pecados lo pueden condenar sino solamente la incredulidad.»

Finalmente en el Tesoro de las controversias (4) se numeran ochenta contradicciones en que incurrió Lutero, citándose allí mismo sus palabras y los diversos lugares de sus obras.

Así pues, al ver tantos y tan graves errores en la doctrina de Lutero y las numerosas contradicciones en que incurre ¿cómo podrá creerse en su fingida mision para reformar la Iglesia, ni cómo se podrá abrazar su enseñanza como divina? ¿Qué importa por lo demas, que él en su *Libro contra el rey de Inglaterra* afirme que «está cierto de haber recibido sus dogmas del cielo»? ¿Ni qué importa que frecuentemente proclame que él «ha sido enviado por Dios, y que le ha revelado lo que anuncia»? Dios, la verdad por esencia, la sabiduría infinita no puede contradecirse: la obra de Lutero por lo mismo no fué divina, fué sí, una detestable rebelion contra la verdadera Iglesia, á que lo precipitó su desmedido orgullo; fué sí, la obra de la falsedad y de la impostura, siendo una prueba manifiesta de esto las mismas contradicciones en que incurre; pues como él mismo dice, (5) «no hay medic mejor para conocer las mentiras que el que se contradigan las unas á las otras, porque Dios ha ordenado de tal manera que los impíos siempre se confundan á sí mismos, y que las mentiras no concuerden, sino que constantemente den testimonio en contra de sí.» «Si una sola vez, dice él mismo en otra parte (6), me descubrieran mentiroso, falsario y groseramente estolido, esto solo seria suficiente para que toda mi

(1) Tom. VII fol 361 de *utraque specie Sacramenti*.

(2) *In Resolut. de indulg.* concl. 2. et in Serm. de Poenit. Tom. VII Germ. fol. 3 y en otros lugares.

(3) Y tambien in Disput. contra Antinomos.

(4) Lib. 8 de signis Eccles. art. 7.

(5) Lib. de Votis monasticis.

(6) Lib. contra Esmerum.

doctrina, mi honor y mi fé tuviesen sin remedio el fin de la infidelidad, y cualquiera me tendria por un malvado y por un infame impostor.» *Mentita est iniquitas sibi.* (1) «La iniquidad ha mentido para sí misma» en daño y descrédito suyo. (2) ¿Puede darse acaso condenacion mas terminante de la obra de Lutero que la que él mismo acaba de hacer en las palabras citadas? Así el orgullo humano por disposicion divina, reprueba sus propios hechos; y cuando piensa fascinar á los demas con sus obras de iniquidad y de mentira, queriendo elevarse hasta el cielo cual otro Lucifer, (3) pretendiendo ser semejante al mismo Dios que dió á los hombres una Religion divina, con procurar seducirlos proponiéndoles en nombre del Altísimo mil impiedades, contradicciones, extravagancias y delirios, se arrastra por el lodo vil y se sumerge mas y mas en el inmundo fango del error y del absurdo.

Sí, tal es el protestantismo considerado en su mismo origen, tan repugnante es su fisonomia, tan inúcuas son sus obras. Hijo del orgullo, lleva sobre su frente un sello de execracion y de ignominia, obra de la iniquidad y de la mas injustificable rebelion contra la Iglesia católica, sus frutos no son otros sino la corrupcion y la muerte, incertidumbre y tinieblas para el entendimiento en el punto mas trascendental cual es el de la religion, y desenfreno de las mas criminales pasiones para el corazon. Nada podrá contener los extravíos de la inteligencia humana desde el momento que se le ha otorgado por el protestantismo, como uno de sus mas inapreciables derechos, la facultad de pensar como le agrade en materia de religion; testigo son los errores sin cuento y las numerosas contradicciones de Lutero, jefe de esa pretendida reforma. Nada por otra parte podrá refrenar la impetuosidad de las pasiones del hombre desde el momento en que siguiendo las doctrinas del reformador, niegue su libertad y blasfeme como él, haciendo á Dios autor del pecado. Ahí está la historia, consultadla, y en sus sombrías y desgarradoras páginas manchadas con la relacion de los gravísimos errores y horrendos crímenes del protestantismo, hallareis las pruebas de esta verdad.

Por lo mismo, señores protestantes, no envidiamos vuestra mentida ventura de que gozais, ni nos dejamos seducir tampoco por los fervientes votos que haceis porque se llegue el dia en que los que hoy, segun vosotros, gemimos bajo el yugo de la ignorancia de las verdades Bíblicas, las vengamos á aprender en el protestantismo. Ni para errar necesitaríamos afiliarnos en tan detestable secta; mas para ser iluminados con la brillante luz de la divina revelacion tenemos la enseñanza infalible de la Iglesia católica, que es la única verdadera y á cual tambien únicamente estamos resueltos á escuchar. Por lo demas, reconoced que todos vuestros esfuerzos para falsificar el catolicismo son inútiles. «Nadie, dice el mismo Lutero (4) podrá quitar á nuestros adversarios este título de Iglesia y mientras lo conserven nos condenarán y perderán.»—PRESB. FELIPE DE LA ROSA.

(1) Salm. 26 v. 12.

(2) Nota de Scio sobre ese lugar.

(3) Isaias cap. 14.

(4) Lutero sobre el cap. 6 del Génesis.

La Festividad del Corpus.—Su celebracion en el Seminario de Guadalajara.

El Gran Sacrificio del Calvario tuvo por emblema y profecía todos los sacrificios antiguos. La fiesta de la Eucaristía, en cierto modo, data del origen del mundo. Los patriarcas henchidos de fé la celebraron en los sacrificios figurativos de la Víctima sin mancha. Los pueblos todos la saludaron desde léjos, cuando en sus altares ensangrentados y en sus hecatombes sin número ostentaban, aunque horriblemente deturpada por el error y el crimen, la idea de un Sacrificio que lavara las manchas que empañaban en el hombre la imagen sacrosanta de la Divinidad, que la restituyera al esplendor sublime de que la bañara el soplo de Dios en su creacion. Llegó la Buena Nueva en la plenitud de los tiempos, y entonces la sangre divina empapó el suelo de Jerusalem y del Gólgota, de allí se derramó sobre el mundo entero y desde aquellos dias hasta ahora ese precioso liquido no cesa un instante de correr á torrentes por toda la redondez del globo. El Sacerdote Eterno segun el orden de Melquisedech continuamente está ofreciendo á su Padre el Sacrificio Infinito para la expiacion del mundo.

El Juéves Santo era y es propiamente el dia de la fiesta del Holocausto Incruento. Por eso la Iglesia en ese dia suspende un tanto su duelo y sus lágrimas, se olvida algunos momentos de las angustias de su Amado, se abandona sin reserva á todos los deliquios del amor, se entrega á los transportes celestiales de la mas pura alegría. Mas á poco ya sube el Esposo á Jerusalem, ya va á morir, y pronto la afligida Esposa torna otra vez á los gemidos y á las lágrimas. La casta Paloma trueca su alegría en infortunio sin igual, llena los montes y los valles con sus dolientes quejas gimien-do lastimera entre las solitarias rocas, y el llanto y el dolor son su alimento, su vida y su existencia en esos dias de quebranto y de sublime tristeza.

Por esto la Esposa sin mancilla quiso despues del luto consagrar algun tiempo exclusivamente á los regocijos de su Amado. ¿Qué tiempo elegirá? ¿Cuándo será esta fiesta? Cuando el Amado ya no sufre ni muere, cuando el Consolador ha llenado el orbe con su esplendor y sus delicias, cuando la Trinidad Augusta ha recibido con inefable júbilo toda la obra del Redentor. En este tiempo toda la naturaleza sonrie de alegría y animacion. Es el tiempo de los bellos dias y de los crepúsculos encantadores, es la estacion de las rosas y de los lirios, la época en la cual millares de pajarillos engalanados aun con sus primeras plumas ensayan sus primeros vuelos y entonan sus primeros cantos. Las tempestades con su hermosura terrible, con el fulgor igneo del relámpago, con el estruendoso retumbar y redobles imponentes del trueno parecen anunciar las vísperas de la fiesta régia y convocar á las muchedumbres á reunirse bajo la bóveda del cielo para ver pasar el carro triunfal del Rey de los Reyes y Señor de los Dominadores.

¿Y qué canto, que poema compondrá la Esposa para felicitar al Esposo en tan fausto dia? La Providencia se lo proporciona. Uno de los mas bellos génios del Catolicismo, el ángel de las Escuelas, es el venturoso mortal comisionado para formar la pieza literaria de felicitacion. Tomás de Aquino, gloria de la humanidad y antorcha inextinguible del saber, envuelto en las dulces llamas de la inspiracion mas santa, llevado de los impulsos de su corazon, de su génio y de su fé, compuso el mas regular y el

mas bello de todos los oficios de la Iglesia; la poesía, la inspiracion, la gracia y energia de las expresiones, la exactitud doctrinal de todo el místico dogma, la belleza de la proporcion y la pintura viva de la intimidad entre la Ley y el Evangelio, todo resplandece de un modo que cautiva y entusiasma en esa que podria llamarse epopeya grandiosa del amor divino.

Y toda la Iglesia en todo el orbe se abandona sin reserva en los dias de esa solemnidad á los arranques generosos de una pasion celestial, á las delicias inefables del amor divino compendiado en la mas estupenda de las maravillas del Dios misericordioso y compasivo. Donde quiera que el aliento impuro y mortifero de la impiedad no ha invadido con su desenfrenada audacia las altas regiones del poder, difundiendo un indiferentismo estúpido y glacial, la sociedad toda se regocija sin medida y el júbilo rebosa por las calles y las plazas pareciéndole mezquino el miserable espacio de la tierra. En las sencillas aldeas las praderas con sus mas ricos atavios reflectan sus poéticas bellezas sobre rústicos altares. En las poblaciones marítimas el oceano con sus bramidos y estruendos imprime á la fiesta algo de eterno y de infinito. En las ciudades de guerra el estampido del cañon se mezcla á los sagrados cánticos. En las grandes capitales los heraldos de las torres desde sus salientes atalayas hablan con sus lenguas de bronce á las muchedumbres, las cuales gozosas invaden en masa las naves de los templos y se derraman por los atrios y las calles. . . . Mas ¡ah! es ilimitado el campo que á la fantasia presenta la solemnidad del Corpus en la Iglesia Universal, en nuestra Patria, en nuestra Guadalajara, en nuestra Catedral, en nuestro Seminario. . . . Apartemos la vista de tanta inmensidad para fijarla solo en lo que se halla mas cerca de nosotros, en el plantel prominente de la juventud jalisciense, en el Establecimiento á que tenemos el noble orgullo de pertenecer. ¡Ah! la juventud! ¡La juventud nos roba la atencion, porque vemos que en ella está vinculado el porvenir! ¡Sí; en las miradas vivas, en el entusiasmo ardiente de nuestros jóvenes nos parece ver ya el futuro con sus místicos pavores, con sus risueños atractivos! ¡El pasado no nos toca, es una vaga sombra desvanecida en lo inmenso de la eternidad; el presente á gran prisa se nos resbala de las manos, y solo el porvenir se nos presenta imponente y misterioso y con todo el interes que excitan la esperanza y el temor, entre cuyos extremos oscila siempre nuestro espíritu! Por esto nos ocupamos preferentemente de la fiesta eucaristica en el Seminario. Déjesenos satisfacer este natural impulso de nuestro corazon, indicando algo de lo que en ella sentimos y gozamos.

El mártes de la presente semana fué el dia asignado á los seminaristas para la sagrada solemnidad. Todo el dia anterior hubo un gran movimiento y agitacion entre los jóvenes. Las cátedras se esforzaban con una noble emulacion en hacer cada una lo que mas podia. Las habitaciones de los profesores, los cuales generalmente presidieron en el trabajo á sus discípulos, estuvieron invadidas todo el dia por la multitud, reinando en ellas y en los corrillos, como era natural, la algazara consiguiente á la reunion, á la ocupacion y á la edad de los educandos. Unos formaban inscripciones análogas á la festividad; otros traian de sus casas diferentes clases de adornos; y algunos con un orden original y caprichoso los distribuian

en los lugares correspondientes. Varios de los internos y externos casi toda la noche se pasaron en claro para concluir sus tareas, y terminar sus composturas. Con la noche quedó coronada la obra.

Amaneció el día siguiente puro y sereno, como el primer día del hombre, como la ventura del ángel, aguardando entre sonrisas la llegada de la egregia fiesta. A las seis y media de la mañana dió principio la solemnidad en la pequeña y regularmente adornada capilla del Establecimiento. El Augusto Sacrificio fué celebrado por el Señor Penitenciario de la Catedral, Dr. D. Rafael S. Camacho, acompañándole los Señores Presbíteros Dr. D. Miguel Baz y D. Florencio Parga. Las inspiradas notas de Mercadanti parecían hacer vibrar y estremecerse de contento con sus rumbosas armonías las pequeñas bóvedas de la capilla. ¡Cuántas cosas sentimos y pensamos al escuchar la sublime composición del célebre artista italiano! ¡Nuestro pensamiento dominante era la juventud, y naturalmente nos veíamos arrastrados, sin saber cómo, á juntar los sentimientos del compositor tan bien expresados en su música inmortal, con la situación presente de nuestra juventud, del más hermoso capullo de nuestra sociedad! ¡Oh! ¡Quién pudiera decir las ideas que entónces arrobáron nuestra mente, los sentimientos que inundaron nuestro corazón en célicas delicias! ¡No! ¡no es dado á nuestra cordedad, decimos mal, nadie puede definir lo indefinible, explicar lo inexplicable! ¡En esos momentos el corazón sale de su estrecha cavidad, se eleva sobre lo mundano y perecedero, se remonta á las alturas de lo infinito y pide con lágrimas ardientes la expansión del cielo y de la eternidad! Siempre nos ha trasportado á desconocidas regiones el *Et Unam, Sanctam, Catholicam et Apostolicam Ecclesiam* del insigne maestro Mercadanti; pero en esta vez no sabemos como explicar la emoción singular que sentimos. La idea de la unidad religiosa nos enagenó del todo. Nos parecía ver de hinojos á nuestra católica juventud allá en las gradas del sólio de Jehová, derramando ardiente lloro por la integridad perpetua de las creencias nacionales, por la permanencia de la Unidad Católica de México. Parecíanos que entre gemidos lastimeros, cual paloma de los valles, entre sollozos tiernos y llanto sincero, y dirigiendo á la vez miradas de súplica con los nadantes ojos arrasados de lágrimas á la Virgen Mexicana y á su Casto Esposo, sus dulces protectores, decía suspirando al Arbitro de las naciones: «¡Apiádate, Dios Bueno, apiádate de nuestra madre Patria! ¡No ves que ya están cansados de llorar sus ojos? ¡No ves que su alimento han sido las lágrimas de día y de noche? ¡Ah! la infortunada ya agoniza tiempo ha entre convulsiones dolorosas! ¡Ya va á extinguirse. . . . ¡Ya su alma llena de sobresalto y de terror se esconde en la Unidad Católica. . . . ¡Ya la buscan allí sus verdugos. . . . ¡Ya van á derribar las puertas para matarla. . . . ¡Piedad! . . . ¡Piedad! . . . ¡Virgen! . . . ¡Dulce madre de los mexicanos! . . . ¡no te acuerdas de tus promesas? . . . ¡Justísimo José! . . . ¡páganos nuestro cariño!

Terminada la Misa, despues de una breve pausa, salió la procesion. Los jóvenes seminaristas y bastantes personas amigas de Establecimiento, provistos todos de velas encendidas, llenaban los ambulatorios y corredores, formando largas filas que acompañaban devotamente al Rey Inmortal de los

siglos. La música de viento de la Escuela de Artes con sus robustos acentos, bien adecuados á los enérgicos sentimientos de los jóvenes, tocaba patéticas marchas, contribuyendo á derramar á raudales en los semblantes de la concurrencia el mas intenso júbilo. Multitud de pájaros cantores, suspendidas las jaulas de los techos, con sus variadas trinos y gorgoros, con sus melodías múltiples, entablaban alegre competencia con los instrumentos músicos y como que se gozaban del mas completo triunfo. La compostura de todo el tránsito era magnífica y variada. Inútil es decir que el elemento literario, como era natural, fué el predominante entre los adornos de los lugares por donde pasó la gozosa comitiva. Las inscripciones fueron tan numerosas que su reproducción ocuparía largas páginas. Las habia en prosa y verso y se encontraban en Hebreo, Griego, Latin, Mexicano, Español, Francés é Inglés, escogidas detenidamente de la Biblia, de los Santos Padres y de los génios mas brillantes del Catolicismo. En ellas resplandecía la sublimidad y belleza, la energía y sencillez del pensamiento y la palabra, la variedad caprichosa de la figura de los caractéres, la viveza atractiva de los delicados colores del papel de lujo, y las combinaciones artificiosas con que la fecunda imaginación de los jóvenes dotados de génio artístico supo disponer graciosamente las partes para lograr el éxito completo del conjunto. El verdor de los campos y las flores de la primavera no se echaron de ménos allí, y hermanablemente conspiraban con la seda, los cristales, los bien labrados metales, las pinturas, las esculturas y demás adornos de los templos y salones de la ciudad, dispuesto todo con orden vario y delicado gusto. Tres altares fueron erigidos y elegantemente adornados por los jóvenes seminaristas: uno en el segundo piso por los cursantes de Facultad Mayor; y de los otros dos en el piso inferior, el primero por los alumnos de las cátedras de Filosofía, y el segundo por los que concurren á las de Latinidad y Griego. El Santísimo en su marcha triunfal posó tan solo sobre dos de estos altares conforme al rito y con las ceremonias de costumbre; y por fin, vuelta la comitiva al pequeño templo terminó la fiesta con la bendición solemne del Sacramento á la entusiasmada juventud.

¡Qué de recuerdos, qué de profundas huellas no deja anualmente gravadas en nuestro corazón esta fiesta juvenil, sencilla y animada como la sencillez y animación de esa bella edad de las ilusiones y de los ensueños, de esa edad de oro, que cual aurora fugitivamente risueña y apacible precede con sus arreboles á las tempestades y naufragios de la vida! ¡Y qué de graves consideraciones no surgen también al reflexionar ¡qué sería de nuestra juventud con sus ímpetus y sus arranques, con sus aspiraciones inmensas, si no tuviera esos espacios infinitos que el Catolicismo le ofrece en sus patéticas fiestas, donde las imaginaciones ardientes pueden tender sin límite su vuelo gigantesco, donde la violencia del sentimiento puede descargarse sin ofender á nadie, y sublimando á la vez y purificando las inmensas pasiones que en su grandor ostentan el sello infinito de Dios! ¡Oh vosotros los que pretendéis circunscribir el vuelo del sentimiento católico de México al espacio contenido dentro de cuatro paredes cerradas por bóvedas terrestres! ¿habeis reflexionado lo que haceis? ¿no habeis sido jóvenes? ¿teneis corazón? ¿Os escondéis acaso en un rincón de vuestras casas en los días de regocijo y en las fiestas de familia? ¿Dais expansión á vuestras alegrías mas gran-

des ocultándolas bajo el velo de la tristeza ó de la indiferencia? Poned la mano en vuestros pechos, y decid, si sois consecuentes con vosotros mismos, decid si no obráis contra la naturaleza en lo que tiene de mas bello y elevado al reducir el culto católico al recinto de los templos.

Uno de los motivos de la institucion de esta fiesta, dirémos para concluir, es en extremo dulce y consolador. Como llegaria un tiempo en que algunos novadores impíos se habian de levantar insolentes contra el misterio de amor, contra aquel que es como el corazon del Catolicismo y la piedra fundamental de la sociedad, la Iglesia quiso oponerles una solemnidad espléndida que fuera como una perpétua manifestacion brillante de la fé católica en la presencia real de Dios entre los hombres. ¡Si, contra vosotros, oh culpables enemigos del misterio de amor, contra vosotros lanzan una enérgica protesta los católicos en la fiesta augusta de la Eucaristia! México en dichosos tiempos, cuando sus gobiernos eran la expresion de su voluntad soberana, cuando eran intérpretes de sus ideas y sentimientos, á la faz del mundo lanzaba sin temor contra los enemigos del Salvador su protesta de fé, de esperanza y de amor al desfilar las magnificas procesiones del Santísimo Sacramento por las calles y las plazas públicas; y de este modo proclamaba en su adoracion solemne al cuerpo real de Jesucristo, su afecto inquebrantable al cuerpo místico del mismo, á la unidad católica del mundo, y principalmente á la que ella poseia y posee como el único venero de su felicidad y engrandecimiento.

Pero ahora.... ¡ahora tiene que cubrirse el rostro cuando está contenta, tiene que esconderse en su retrete á gozar solitaria, para que sus enemigos no vean las expansiones de su júbilo, para que se eleve dizque á la altura de las libertades modernas, de las conquistas de la civilizacion y del progreso, de los derechos imprescriptibles de la humanidad! ¡Se quisiera, si posible fuera, que todo quedara encerrado dentro de los antros del pensamiento, únicos inviolables para la tiranía, sin que esto pugnara con la libre manifestacion de las ideas, con la libertad de asociacion, con la libertad religiosa, y con todas las demás libertades en toda su plenitud y desarrollo! ¡Se la coarta hasta en los derechos mas sagrados que respetan aun los hombres mas déspotas en los países bárbaros, y se la condena como delito y crimen el uso mas inocente de ellos! ¡Pobre Nacion! ¡Dios Eterno! ¡perdona ya, vuelve la paz y la libertad á México! ¡La juventud jalisciense, que te festeja con ternura y júbilo sincero en esta tu alegre fiesta, te lo supplica ante tu Sacrosanto Cuerpo velado con las apariencias del Eucarístico Misterio!

PRESE. RAMON LÓPEZ.

Hablan otra vez los protestantes.

Muy tardíos son los protestantes en discutir. Hace mas de dos meses que publicaron sus primeros escritos uno sobre los Mandamientos de la Ley de Dios y otro intitulado: «Las Sociedades bíblicas y el Pueblo.» Se les contestaron oportunamente, y lo único que se habia visto publicado de nuevo por ellos y que tuviera por lo menos el nombre de respuesta, fué

la «Réplica» que hicieron á la contestacion dada al escrito «Las Sociedades bíblicas y el pueblo.» Esta réplica no lo fué mas que en el nombre, pues de hecho dejó subsistentes los argumentos con que se demostró la falsedad y ridiculez de la inspiracion privada para la interpretacion de la Sagrada Escritura y lo absurdo y perjudicial de la lectura de sus biblias protestantes, como luego lo hicimos ver en nuestro periódico; pero al menos el escrito se llamó *Réplica* y aunque no lo fuera en realidad siquiera tuvo el nombre. Despues de esta pretendida *Réplica*, nada, absolutamente nada se veia en que dijeran siquiera los protestantes que iban á contestar á las razones que se les oponen por parte de los católicos, hasta el dia de ayer en que apareció en la «Lanza de San Baltazar» una segunda *Réplica* la cual es relativa á la contestacion que se les dió á su escrito sobre los Mandamientos de la Ley de Dios. En esta se proponen probar que es buena la traduccion que dieron al texto del capítulo. 20. del Exodo y pretenden que el culto de las imágenes es idolatría. Con excepcion de estas réplicas, nada han dicho á tanto que se les ha opuesto. Nada han contestado á todo lo demas de la refutacion de su escrito sobre los mandamientos; nada á la refutacion de su *Réplica*, nada á la que se hizo á sus otros escritos intitulados «El católico cristiano,» «Una alma náufraga» y «¿Qué es creer en Cristo?» No uno sino muchos periódicos se han ocupado y se ocupan de combatir los errores que propagan los protestantes y estos dilatan meses para responder á una especie. ¿Cuándo podrá tener fin una discusion con tantas demoras?

Pero si tardan los protestantes en contestar, en decir algo á las razones que se les oponen, son velocísimos en difundir entre el pueblo escritos perniciosos en que repiten los mismos errores que ya se les han refutado y propagan otros de nuevo. Con este objeto han hecho circular multitud de impresos de que ya hemos hablado, y ultimamente uno con el título de «La Iglesia oriental y la latina,» el cual dicen que es una carta de despedida que Jonas King sectario y ministro protestante dirigió á sus amigos de Palestina y Grecia, entre quienes permaneció cuatro años; en cuya carta dicen los sectarios que están en Guadalajara, se encuentran una parte de sus creencias y varias razones por las cuales ellos no pueden ser católicos, por lo cual la consideran muy interesante aun para satisfacer nuestra curiosidad con su lectura.

En este escrito ya de un modo claro, ya con oscuridad y reprehensible artificio se inculcan muchos y gravísimos errores. Tales son los siguientes:

Las Escrituras del antiguo y nuevo Testamento, segun las recibieron los primitivos cristianos, son la sola guía y regla de la fé. En esto claramente desechan las tradiciones al decir que las Escrituras son la *sola regla*, y al sentar que las Escrituras son regla segun las recibieron los primitivos cristianos, parecen insinuar que no admiten todos los libros sagrados que nos enseña el Concilio de Trento que debemos recibir.

Establecen el error de la fé justificante, y solo miran las obras buenas como «frutos y evidencias inseparables de una verdadera y salvadora fé;» en lo cual insinuan que las obras buenas no son meritorias ni conducen de por sí á la vida eterna, pues esta se obtiene precisamente por la fé que salva, de la cual las obras solo son fruto y manifestacion.